

VARIACIONES DEMOGRÁFICAS Y AJUSTES TERRITORIALES EN VERACRUZ DURANTE EL SIGLO XX

Rafael Palma¹

Resumen

Los cambios demográficos vividos durante los últimos 15 años en Veracruz, relacionados con la caída en sus ritmos de crecimiento y los movimientos emigratorios a larga distancia (frontera norte y EUA), reflejan la recomposición económica que vive la entidad y su pérdida de atracción migratoria laboral. En tal contexto se oculta la movilidad producto del impacto de los eventos climáticos más recientes; sin embargo, éstos pueden llegar a acelerar dos procesos en curso: el aumento de los asentamientos sobre las redes viales y la densificación de las periferias urbanas. Por su emplazamiento en las tierras bajas, ciertas periferias seguirán expuestas al riesgo de futuras inundaciones.

Palabras clave: demografía, economía, eventos climáticos, Veracruz.

Abstract

The demographic changes endured during the past 15 years in Veracruz, related to the fall in growth rates and immigration tendencies (northern border and U.S.A.), reflect the economic re-composition the entity has suffered and the loss of the migrant labor attraction. In this context the product mobility is hidden from the impact of the most recent climatic events; however these can accelerate two processes in progress: the increase of settlements beside major roads and the increasing density of urban peripheries. Due to the settlements in low lands, certain peripheries continue to be exposed to future flooding.

Key words: demography, economy, climatic events, Veracruz.

¹ CIESAS-GOLFO.

Introducción

La puesta en perspectiva de algunas de las evoluciones que ha vivido la entidad veracruzana, principalmente en las últimas décadas, pretende sobre todo contextualizar el impacto de los sucesos meteorológicos recientemente vividos en esta parte del Golfo de México. Los factores históricos, económicos y sociales que trataremos de esbozar a continuación presentaron tal dinamismo al final del siglo xx que esconden con amplitud las posibles consecuencias de esos eventos climáticos, de tal suerte que parece difícil discernir, por ejemplo, entre los posibles movimientos migratorios producto de los desastres naturales de aquéllos con inercias que van más atrás en el tiempo y cuyos orígenes obedecen a causas de todo orden, entre ellas las recomposiciones territoriales sometidas a la larga duración y las configuraciones ambientales. En tal tesitura proponemos en los párrafos que siguen una aproximación basada en cuatro puntos: la exposición de la entidad a los meteoros por su geografía; el caso de ciertas adaptaciones sociales a dichas exposiciones; en seguida las diferentes evoluciones demográficas que ocurrieron entre las grandes porciones o contextos socio-históricos que componen la entidad y, finalmente, el papel que posiblemente jugarán las modernas migraciones laborales en los actuales patrones de distribución de la población. La idea es no olvidar uno de los cuestionamientos de fondo que más interesa en este ejercicio de reflexión colectiva, sobre la cual el título del apartado siguiente hace referencia.

Cambio climático y eco-refugiados: ¿un futuro a mediano plazo?

La particular temporada de tormentas, depresiones tropicales y ciclones vividos en el Golfo de México en el 2005 (siete grandes huracanes, contra un promedio de 2 por temporada durante los últimos 20 años) (NOAA, 2006) parece venir a confirmar el escenario del cambio climático global más difundido que, en resumen, prevé que los accidentes extremos del clima (sequías, lluvias abundantes, etcétera) se acentuarán en los años por venir. Ante tal perspectiva, la excepcional estación ciclónica del 2005 en el Golfo puede convertirse en la norma del siglo XXI.

A este escenario hay que sumar dos fenómenos mayores: el cambio en las condiciones térmicas de la corriente del Golfo y el aumento en el nivel de los mares, sea por el deshielo ártico o la dilatación térmica, bien probablemente una combinación de ambos. Investigadores del centro oceanográfico inglés (Bryden *et al.*, 2005) recién ofrecen las primeras cifras sobre las alteraciones en la circulación termohalina de la *Gulf Stream*, que se encarga de evacuar una parte del calor desde el Golfo hacia el Atlántico Norte, e informan que la corriente ha perdido el 30% de su capacidad calorífica en los últimos 50 años. Por su parte, el grupo intergubernamental de expertos sobre la evolución del clima (GIEC-ONU) presentó, en la reunión en Montreal sobre las conclusiones de Kyoto, una serie de reportes² (www.ipcc.ch) donde expone que el aumento en el nivel de los océanos se estima en 5 milímetros por año durante la centuria en curso, contra 1.5 mm calculados para el siglo xx. Por otro lado, se anuncia³ (*Le Monde*, 18/12/05) que la pequeña isla de Tégua (2 m de altitud promedio) en Lateu, archipiélago de Vanatu (Oceanía) es oficialmente el primer lugar del mundo en ser desalojado por el calentamiento global del planeta y el alza en el nivel oceánico. Ciertas islas y los grandes deltas son indicados como lugares bajo riesgo de afectación y, a la luz de los lamentables sucesos en la desembocadura del Mississippi ante el evento Katrina, el futuro parece incierto: ¿acaso ciudades como Nueva Orleans tendrán que ser reconstruidas cada 10 años?

En tal contexto aparecen los *eco-refugiados*. Término acuñado por primera vez en 1985 y que adquiere gran actualidad ante los recientes sucesos climáticos. La documentación sobre este tipo de damnificados⁴ (Reporte en www.neweconomics.org) es ya muy amplia y hoy aparecen más de cinco millones de referencias en la web. Los desplazados por el cambio climático se estiman en

² Los reportes del GIEC se pueden consultar en www.ipcc.ch

³ *Le Monde*, 18/12/05.

⁴ Reporte en www.neweconomics.org

25 millones, cifra que incluye a víctimas por las sequías en Marruecos, Túnez, Libia. Algunas previsiones concluyen que su número se duplicará hacia el año 2030 por el riesgo de inundación vaticinado para las tierras bajas de lugares como Bangladesh. Aun si estos números varían según las fuentes y parecen poco firmes, ya se plantea en las mesas de discusión internacional el futuro para estas personas: ¿cuáles son y serán sus derechos?; ¿quiénes podrán y tendrán que asumir su acogida?; ¿a qué costos? Avizoran nuevas migraciones masivas, sin posibilidades de retorno, que cuestionan a un mundo cuyas fronteras políticas viven una paradoja generalizada: se abren ante la globalización, pero también se cierran ante ciertos flujos, particularmente a los movimientos humanos en curso. Por el momento y más localmente, en el ámbito veracruzano, parece pronto para hablar de eco-refugiados, a no ser que atribuyamos esta categoría a los antiguos desplazados por los ciclones, eventos históricamente muy presentes en la entidad.

Veracruz, en la cuenca de los huracanes

Por su latitud intertropical, alargada forma y posición cercana al centro continental del viejo *seno mexicano*, Veracruz nunca ha escapado a la influencia de los ciclones y las tormentas tropicales. La memoria de su presencia se pierde en el tiempo y alcanza al mito del dios del trueno, relevante divinidad totonaca representada en el Tajín y venerada por las lluvias que garantizaban el maíz de temporal; pero también temida por sus repentinos vientos, capaces de acamar las milpas justo antes de las cosechas, tanto ayer como hoy. Su papel en la ecología de las selvas y bosques tropicales de la entidad ha sido el acelerar los ciclos, derribando a los individuos añosos y favoreciendo *humus* que las redes de drenaje se encargan de distribuir en planos costeros llenos de meandros, vegas de ríos, zonas inundables y manglares. Se presentan durante el verano y el otoño, justamente en los meses que corresponden a la estación de lluvias que en este trópico húmedo acumulan los 4,000 milímetros por año en algunos lugares. Un momento de lluvias abundantes (¿un “año Niño”?⁵ [Jáuregui y Zitácuaro, 1995]) y un ciclón aun de categoría intermedia o incluso baja, a nivel de depresión, pueden formar una combinación con la suficiente fuerza para mover completamente aquellos costados de cerros eventualmente más expuestos, facetas cuya erosión termina por colmar los valles e incluso ayudar a la deriva fluvial. La huella de tales eventualidades se puede leer en el relieve, sobre todo en las laderas modeladas donde barbechos y poteros sustituyeron a la vegetación natural y hacen visibles tales rasgos del pasado.

Durante los últimos 150 años, 52 tormentas tropicales y ciclones han penetrado Veracruz, aunque ninguno rebasó el nivel 3 en la escala Saffir-Simpson. (NOAA, 2005). De triste memoria son los meteoros de 1888 y 1944 que afectaron las cuencas del Jamapa y el Papalopapan; la secuencia Gladis-Hilda-Janet fueron eventos categoría 2 en septiembre de 1955 que agregaron 2.7 metros a las ya de por sí abundantes precipitaciones que ocurrieron ese año. Herminia (1980) tuvo un recorrido e impacto similar al Stan (2005) con vientos que azolaron Los Tuxtlas; Diana (1990) y Gert (1993) inundaron, aunque menos que Janet, toda la porción norte de la entidad y más allá (Hidalgo, Querétaro, San Luis Potosí). El septentrión de Veracruz es una de las zonas más expuestas al impacto directo de este tipo de fenómenos en el Golfo, aunque los cuadrantes derechos de las masas huracanadas, los más peligrosos (Luna Bauza, 1994) alcanzan de hecho a todo el sureste del país. Las rachas de viento causan daños en cultivos y asentamientos, pero es el agua el elemento más temido: las rápidas avenidas que descienden de las sierras, la saturación de los suelos en laderas denudadas, el desbordamiento amplio de los cauces son eventos que se combinan en rápida sucesión. Pero más destructivos aun cuando las lagunas costeras, vasos comunicantes que compensan los excedentes y empujes de las cuñas marinas, dejan de funcionar por el azolve y taponamiento de las barras en litoral. En estos casos extremos se rebasa la capacidad de drenaje de los sistemas hidráulicos naturales y el agua, que en época de lluvias toma normalmente algunas horas en desbordar y retomar los cauces, permanece por días, incluso semanas, cubriendo cientos de hectáreas. Es cuando los ranchos se “van a pique”, como dicen en

⁵ Aunque la correlación entre ENSO y ciclones en el Golfo es negativa (Jáuregui y Zitácuaro, 1995), referimos a la posibilidad de una canícula poco acentuada y el arribo de “ondas del este”.

el Sotavento. Y cuando se mantienen inundados por tanto tiempo es que sobrevienen las pérdidas humanas y de siembras, de ganados y daños materiales altos para el nivel de las economías rurales, mayoritariamente pobres. El meteoro de 1944 abarcó todo el ancho del territorio a la altura del Papaloapan, destruyendo el 75% de Tuxtepec, Oaxaca. Inundó Chacaltianguis, Otatitlán y obligó a barrios completos de Isla, Playa Vicente y Tesechoacán a cambiar su ubicación. Dejó casi 2 metros de lodos en áreas de la ciudad de Cosamaloapan y, finalmente, aceleró el inicio de los trabajos de la Comisión del Papaloapan la cual, a su vez, construyó un primer embalse que mitigó el impacto de las lluvias torrenciales, pero que también significó el reacomodo de varios pueblos serranos en el sur de Veracruz y sus colindancias oaxaqueñas. Por su parte, el huracán Janet provocó que poblados en las riberas del Nautla perdieran sus tierras y de ellos surgieran familias que se desplazaron a colonizar las selvas meridionales veracruzanas, como es el caso de la Col. Lealtad de Muñoz, en Playa Vicente, que este año celebra el cincuentenario de su fundación. ¿Podemos decir, a la luz de estos ejemplos, que la entidad tiene experiencias ya vividas con eco-refugiados?

Geografía y poblamiento

Las lluvias de régimen torrencial en el verano, factor que llega a coincidir con la presencia de huracanes, tienen que ver con el hecho de que Veracruz atrapa los alisios del Atlántico, vientos húmedos y cálidos que predominan sobre toda la entidad. Pero ello no significa que estemos en presencia de un territorio homogéneo, al contrario, podemos distinguir al menos tres grandes conjuntos morfológicos, también históricos. Primero, podemos decir que el espacio veracruzano simula un largo y estrecho anfiteatro con fachada al Golfo de México (660 km de litoral; 90 km en promedio tierra adentro), ocupado por una serie de planicies costeras cortadas por ríos de desembocadura lacustre. Las vertientes orientales de la Sierra Madre, el límite al poniente de tal anfiteatro y componente que atrapa las lluvias⁶ (Pereyra *et al.*, 1995), discurren paralelas a la costa y son de dominante cárstico, salvo cuando interceptan en perpendicular al Eje Neo-volcánico y se logran las elevaciones máximas (5,600 metros en el Pico de Orizaba). Tales orogenias forman un gradiente altitudinal que organiza el clima y las vegetaciones en una suerte de pisos ecológicos: del tropical húmedo y las selvas perennifolias en las tierras bajas, al templado sub-húmedo con pinos, encinos y bosques mesófilos en las vertientes, inclusive semi-árido con matorrales y cactáceas en las menos abundantes tierras altas y laderas del occidente, como el altiplano de Perote. Finalmente, esa misma cadena volcánica del cuaternario, que corta la República del Pacífico al Atlántico, divide a Veracruz en tres grandes ensambles: la porción norte, sujeta como todo el territorio a la influencia oceánica, pero también al gradiente de aridez continental que baja de Norteamérica (Marchal; 1998); la parte central, cercada al poniente y norte por las cumbres y laderas volcánicas que alcanzan el litoral y que entonces afectan la distribución de las lluvias. Esta parte central sólo queda abierta hacia el sur, hacia el Sotavento, tercer conjunto donde los paisajes se vuelven de nuevo llanos, como en la porción norte, ante los cauces colmatados por aluviones arrastrados desde la sierra y que incluyen a los suelos más jóvenes de todo el país a la latitud del istmo veracruzano.

Sobre este arreglo, que fácilmente se complica por las varias discontinuidades fisiográficas, fallas geológicas y paisajes que forman complejos mosaicos como se reporta desde Alejandro von Humbolt, la ocupación humana no ha sido rápida ni constante. Después de la ruptura en la demografía y organización del poblamiento que representó la conquista para las poblaciones nativas, la construcción de nuevos ordenamientos territoriales consumió los siguientes cuatrocientos años y, de hecho, no fue sino hasta el tercio final del siglo pasado cuando se densificaron los últimos reductos vacíos de la entidad a consecuencia de la colonización agraria. Siguiendo con los tres grandes conjuntos mencionados en el párrafo anterior, resalta la porción central de Veracruz como la primera en vivir un proceso de ocupación urbana y rural fuerte desde el siglo XVI. Porque encontrar los pasos por las tierras bajas y sobre todo por las sierras para

⁶ Se describen también como lluvias orográficas (Pereyra *et al.*, 1995).

alcanzar los valles del altiplano fue un quehacer constante durante la época colonial. Ello terminó por privilegiar al puerto de Veracruz, que rápidamente se convirtió en el principal punto de embarque para el tráfico trasatlántico, beneficiando las rutas por las actuales ciudades al piemonte del eje Neo-volcánico (Xalapa, Córdoba, Orizaba), a la época menos expuestas a las inclemencias tropicales. Siguiendo con las lógicas económicas que le dieron origen, todo este conjunto mantiene hoy relaciones fuertes con Puebla y la capital del país. Su profundidad histórica, en comparación con los otros territorios de la entidad, la dota de un nivel de consolidación alto que se refleja en mayores densidades urbanas y rurales; también en su mayor diversificación económica.

Por el contrario, los planos costeros del norte y el sur prácticamente quedaron desolados por la congregación de indios y la difusión de enfermedades que, importadas por los primeros conquistadores, disminuyeron drásticamente la población nativa (Hoffmann y Velázquez, 1994; Gerhard, 1986). Los siglos que siguen presenciaron una lenta recuperación demográfica que benefició sobre todo las vertientes serranas y zonas colinadas (Misantla, Papantla, Los Tuxtlas) donde el clima era considerado más salubre para autóctonos y extranjeros. Hubo que esperar la difusión de la quinina mitigando el paludismo para que los puertos fluviales y primeros campamentos petroleros, futuras ciudades primero en el norte y después en el sur, pudieran realmente prosperar hacia fines del siglo XIX. Así, de esos dos grandes conjuntos, la porción norte de la entidad tuvo el impacto de las primeras prospecciones y explotaciones petroleras, que en poco tiempo dieron lugar a que el entorno de los productivos pozos, abigarrados de inmigrantes, se convirtieran 30 años después en ciudades como Poza Rica (hoy con 171,000 habitantes), Cerro Azul o Naranjos, con rutas y oleoductos que se dirigían a la exportación por el puerto de Tuxpan (85,300 habitantes), y más tarde a los centros de procesamiento y consumo central. Hoy día, con esas actividades muy disminuidas –aunque latentes por las expectativas productivas en la antigua “Faja de Oro”– pero vinculadas al desarrollo de una ganadería tropical unida con el occidente y septentrión nacional, y también por una agricultura donde destacan los cítricos cuya producción igualmente se orienta hacia la frontera norte, la región presenta un cuadro excéntrico a Veracruz, con el área metropolitana del puerto de Tampico-Cd. Madero (329,000 habitantes, ya en Tamaulipas) a la cabeza de su estructura urbana. Un esquema similar ocurre en el sur, en las mencionadas llanuras del Sotavento. Ahí se vivió una fase similar de auge inicial por la prospección y explotación de petróleo y azufre, seguida por otra mucho más importante y tardía ligada a la construcción y puesta en marcha de los grandes complejos petroquímicos enclavados en Coatzacoalcos y Minatitlán.

Dentro de estos dos últimos grandes conjuntos veracruzanos los ríos jugaron un papel central en la estructura del poblamiento, particularmente en sus tierras bajas. La ausencia de otras vías de comunicación, mucho antes del petróleo, provocó que los asentamientos se desarrollaran sobre los márgenes de los principales cauces. El ejemplo más evidente de este modelo aparece en la cuenca del Papalopan donde ciudades, cabeceras municipales y un sinnúmero de rancherías prevalecen a los costados de esta importante corriente, desde Alvarado en su desembocadura hasta Tuxtepec, al pie de la Sierra Madre. Lo mismo se nota al lado de sus grandes afluentes como el Obispo, Santo Domingo, Tesechoacán y en ciertas secciones del San Juan. Este patrón se repite a lo largo de ríos como el Pantepec, Tecolutla, o Nautla, cuyo recorrido sobre las llanuras costeras se reduce por la proximidad de las sierras al mar, o en el Pánuco-Moctezuma y el Coatzacoalcos-Uxpanapa, cuyos tramos cercanos a las desembocaduras presentan densidades demográficas elevadas. Si bien desde los últimos años del siglo XIX la paulatina construcción del ferrocarril y las carreteras se tradujo con el tiempo en una revolución de las estructuras del poblamiento, esa ocupación ribereña, para entonces de larga duración, jamás desapareció: las ciudades, cabeceras y puertos fluviales de antaño permanecen hoy día en su lugar de fundación.

Riesgo y poblamiento ribereño

Vivir junto a los ríos no significaba únicamente aprovecharles como vías de tránsito para personas y mercancías, si bien ello fue una base muy importante que impulsó el crecimiento económico de lugares como Tlacotalpan o Tuxpan. Sus recursos en pesca, en agua dulce para la ganadería e

irrigación de campos alejados, los rendimientos obtenidos en sus playas, meandros y vegas, aun ceñidos a las temporadas de seca, ofrecían –y ofrecen– un amplio abanico de posibilidades productivas que siempre ha sido bien valorado. Cuando las tierras más despobladas en el norte y sur de Veracruz fueron afectadas por la reforma agraria, aquéllas más codiciadas, tanto en ejido como en propiedad, correspondieron a las cercanas a los cauces; y todavía hoy el precio de las parcelas, cualquiera que sea su régimen de tenencia, responde a su condición de acceso o no a los cuerpos de agua, a pesar de la lamentable contaminación en muchos de ellos.

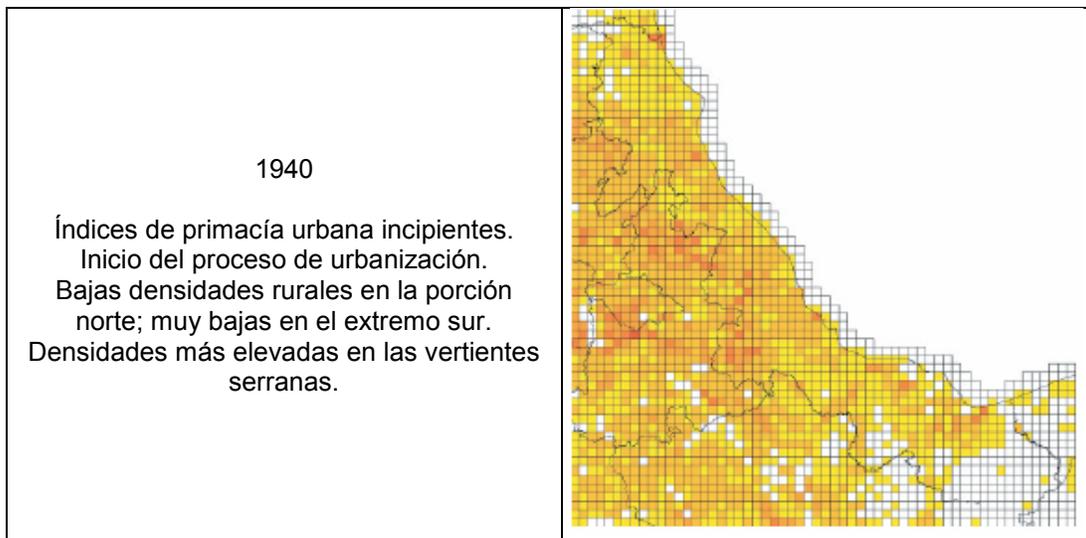
Pero, por otro lado, vivir junto a los ríos en las llanuras del trópico siempre ha tenido sus riesgos. La orografía veracruzana, junto con las temporalidades de los alisios y los “nortes” (frentes fríos) forman una combinación que provoca la desigual distribución de las lluvias a lo largo del año, marcando básicamente dos temporadas: el estiaje del invierno y luego en primavera, más severo en las tierras bajas; y la temporada de lluvias en el verano-otoño, momento en que ocurren las fuertes precipitaciones sobre todo el territorio. Esta última tiene tal régimen torrencial que causa el desborde, año tras año, de los cauces medios y bajos, según los lugares. Los pobladores ribereños conocen perfectamente este ciclo y de hecho todos sus asentamientos aprovecharon cualquier loma o montículo (dunas, paleo-dunas, aluviones escarpados, domos) colindantes con los ríos para proteger lo mejor posible sus viviendas. Desde siempre han vivido con las crecidas anuales y, a juzgar por las evoluciones históricas, los beneficios superan los inconvenientes. En los casos extremos, permanecer en aislamiento casi total, a veces por semanas, dentro de las “islas” que forman los empalmes fluviales durante las crecidas es una realidad muy actual en Tacamichapa, por citar un ejemplo. Otras islas como Juliana o Tlacotalpan, la más frágil pero también la más obstinada de todas en el Sotavento, tuvieron que esperar los embalses aguas arriba, los bordos, puentes y carreteras con terraplenes elevados para escapar en parte de esos desbordes anuales.

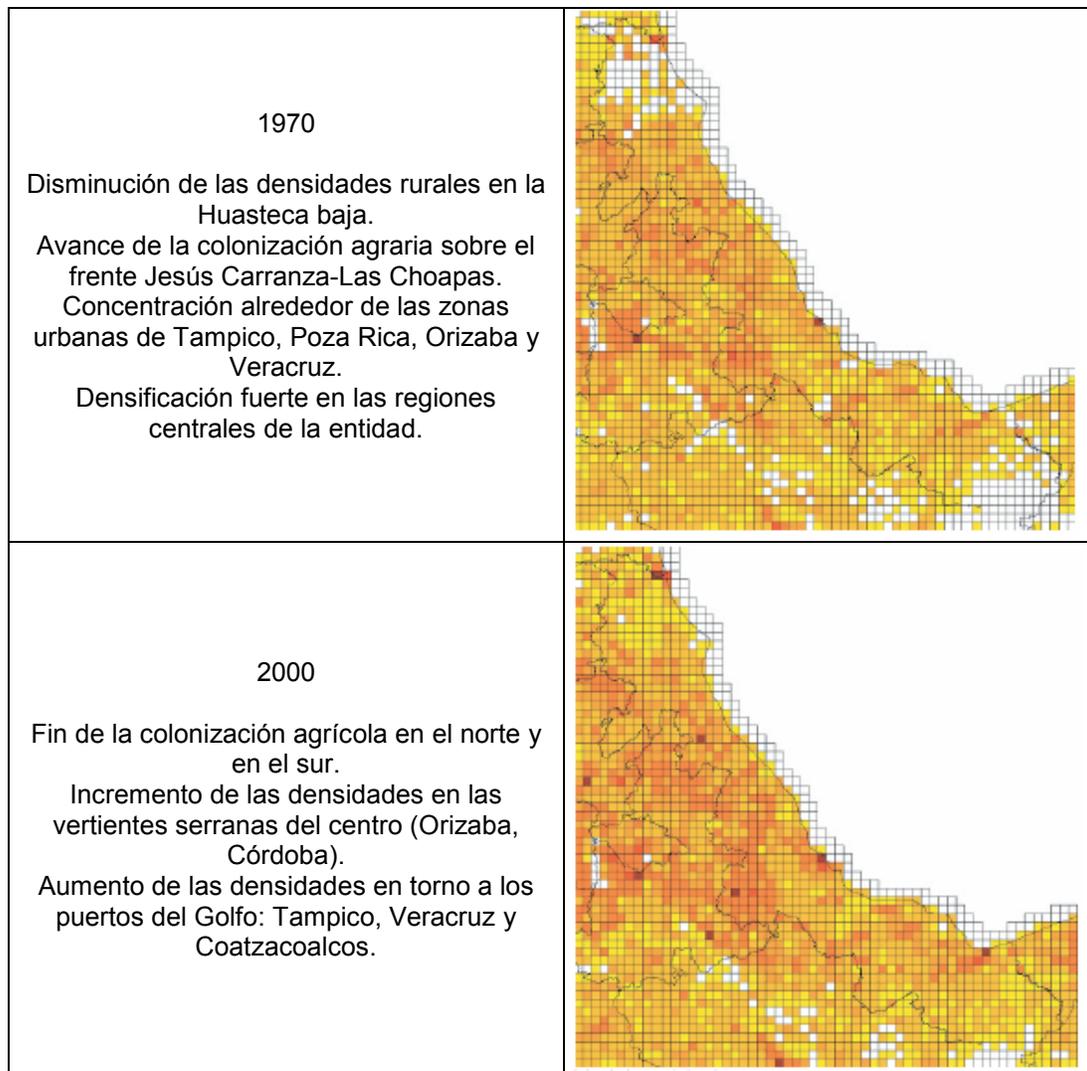
Esas obras de protección y comunicación repartidas a lo largo de Veracruz, incluyendo algunas que datan de fines del Porfiriato (terraplenes ferroviarios, tramos de malecones fluviales de puertos en desembocadura), han significado financiamientos extraordinarios y costoso mantenimiento hasta la fecha. Pero años después, consecuencia no prevista, se minimizaron las causas que les dieron origen y los asentamientos se propagaron sobre zonas aparentemente liberadas de inundaciones. Este hecho se repite en casi todas las ciudades ribereñas de mayor crecimiento, con urbanizaciones cuyas manchas se extienden sobre espacios que todavía los viejos pobladores recuerdan eran riesgosas. Tuxtepec abandonó el montículo de su meandro para avanzar sobre las tierras bajas del poniente, donde a pesar de las construcciones aún se notan las huellas del curso del Santo Domingo; mientras que el crecimiento de San Bartolo sobre la mejor protegida margen derecha queda limitado ante la ausencia de puentes. La conurbación Tampico-Cd. Madero-Altamira, prácticamente cercada al norte por numerosas lagunas costeras, sorteando el Pánuco y se extiende con las populosas congregaciones de Anáhuac-Benito Juárez e Hidalgo, en los muy bajos márgenes derechos ya veracruzanos, futuro foco de atención⁷. Coatzacoalcos, dentro de su vieja Isla Juliana, avanza lentamente al otro lado del Calzadas y su pantano (justamente con la Col. Estero del Pantano), mientras que Minatitlán, una decena de kilómetros al sur, hace un poco lo mismo, intentando con rellenos conquistar suelos sobre ese mismo pantano que, en varios puntos, toca fondo a 3 y 5 metros bajo el nivel del mar. Hoy Tuxpan, con menos limitantes físicos de crecimiento, avanza en dirección al mar por la moderna termoeléctrica enclavada en su litoral, pero su vieja congregación Cabellos Blancos (actual Santiago de la Peña), en la ribera opuesta del Pantepec y menos acompañada de recursos, también intenta prolongarse en la misma dirección. El mismo puerto de Veracruz, fundado lejos de la salida del Jamapa, tomó menos de 50 años en extenderse al sur sobre el litoral hasta alcanzarle y después, agotado este rumbo, hoy se ensancha sobre las lagunas y someros pantanos que le circundan en proximidad nivelando dunas, relleno esos embalses naturales. De todos los lugares con riesgo de inundación fue esta ciudad la que resultó más afectada por el huracán Stan en 2005: aparentemente la modificación de esos vasos reguladores saturó al viejo canal de La Zamorana y, en consecuencia, las aguas tomaron días en drenar, permaneciendo dentro de algunas colonias urbanas. Al ritmo de urbanización actual del puerto, ¿acaso veremos lo mismo en los alrededores de la laguna Mandinga?

⁷ Ver la contribución de Cecilia Conde y Beatriz Palma sobre los escenarios climáticos, en este volumen.

Ponderar todas estas situaciones no es tarea rápida. Por un lado vemos que en parte del mundo rural veracruzano ocurrió una construcción social que organizó el poblamiento en función de los ríos y sus ciclos anuales; que ahí se desarrolló un estilo de vida totalmente adaptado a las difíciles condiciones que impone el medioambiente tropical en los márgenes fluviales de las tierras bajas. Hoy las vegas, fáciles de mecanizar y fertilizadas de manera natural después de cada crecida –factor que además reduce el costo de los insumos– ofrecen los rendimientos más interesantes para frutales de ciclo corto como melón y sandía; también de un maíz que, a contrastación del temporal, permite cosechas más importantes por unidad de superficie y con un mayor margen de utilidad (Tallet, 2005). El mismo ganado, según el decir de los vaqueros, “se mueve solo cuando presiente la crecida” buscando los corrales elevados construidos *ex profeso*. Los ahora viejos campos de caña, urgidos de tierras planas y sistemas derivadores para su irrigación, siempre han estado cerca de los ríos, al igual que sus ingenios demandantes de volúmenes de agua para la molienda y producción de azúcares... y por tanto también sus ciudades. Por otra parte, a este rápido recuento de empresas no mucho antes podríamos agregar las fábricas de papel, cerveceras, embotelladoras, jugueras, beneficios de arroz que requerían de los ríos para sus procesos productivos y que ahora, ante la contaminación de la gran mayoría, prefieren invertir en pozos profundos buscando acuíferos subterráneos, abandonando las riberas pero no los mercados; o bien, construyendo largas conducciones, como las refinerías e industrias petroquímicas, más complicadas de reubicar. Pero todas estas iniciativas motivaron en su momento el crecimiento de las ciudades localizadas en las llanuras costeras, al punto que sus protegidos emplazamientos originales fueron ampliamente rebasados, como ya tratamos de ejemplificar. Aquí no es posible dejar de mencionar que en muchos de esos ensanches urbanos hay un componente de pobreza que lo explica y determina: aquellos espacios desdeñables por su condición de fragilidad y complicada urbanización, entonces de bajo precio en la demanda inmobiliaria, fueron los que finalmente acogieron a muchas familias sin recursos que buscaron vivir cerca de los pujantes mercados de trabajo citadino. Se trata de barrios y colonias populares en espera de que su presión demográfica mueva a una dotación de servicios sobre emplazamientos cuyas características físicas hace costosas, a veces imposibles durante años para las finanzas de los gobiernos locales. Aparecen así “bolsones” urbanos en un doble sentido: núcleos pobres mal equipados en terrenos casi hundidos. ¿Tendremos aquí el perfil más evidente y numeroso de nuestros futuros eco-refugiados?

Gráfico 1. Evoluciones de las densidades demográficas (1940-2000).





Fuentes: LARC / CIESAS-Golfo; citado por Rodríguez, 2005.

Las dinámicas demográficas veracruzanas

Los movimientos migratorios hacia las ciudades, no sólo de las llanuras sino también de las vertientes, han sido una constante desde los años de 1940. Pero por lo menos una década antes los flujos que lentamente densificaron los espacios rurales también fueron intensos, en breves momentos incluso mayores que aquellos dirigidos a la zonas urbanas en crecimiento. Estas tendencias refieren a dos hechos generalizables: la capacidad de atracción migratoria que vivió el conjunto de la entidad durante buena parte del siglo xx y, por otro lado, la concentración y dispersión demográfica como dos fenómenos concomitantes en el tiempo. Hacia el fin del siglo la población rural seguía siendo mayoritaria, si tomamos como umbral de distinción al total de habitantes asentados en localidades con más de 15,000 personas. De estos últimos asentamientos ninguno rebasa los 700 mil habitantes, aun si contabilizamos conurbaciones completas como Veracruz-Boca del Río, la más densa de todas. Este hecho también significa que hoy la entidad contiene medio centenar de ciudades distribuidas a lo largo y ancho de su territorio, todas sujetas a ritmos demográficos diferenciados y jugando un papel distinto sobre sus áreas de influencia.

Conjugar las evoluciones de todos estos arreglos territoriales nunca ha sido un ejercicio fácil en Veracruz. Los conjuntos regionales mejor caracterizados pueden variar en número entre diez y veinte, según los autores. Si partimos de las tres grandes porciones veracruzanas mencionadas párrafos atrás (el centro, el norte y el sur) vemos que fácilmente se dividen al añadir por lo menos dos de los grandes componentes ambientales, las sierras y las llanuras costeras; y todos éstos se vuelven a dividir si agregamos la historia de tres grandes modelos de poblamiento: la urbanización antes dicha; los territorios indígenas básicamente serranos y los frentes de colonización agropecuaria, que lentamente se ajustan y consolidan en función de sus relaciones económicas con mercados urbanos internos o externos. Tal división arroja 12 diferentes espacios o contextos socio-históricos, que según las especificidades de los periodos pueden aumentar a 14. Todos ellos ameritarían ser abordados en detalle para tener una visión más precisa de Veracruz, pero a fin de discernir entre los movimientos migratorios pasados y presentes y aportar algunos elementos que ayuden a sopesar mejor el impacto climático en esas movilidades proponemos al lector, en las líneas que siguen, una rápida visión a escala estatal sobre dos de los grandes hechos mencionados: las variaciones en la capacidad de atracción migratoria que vivió la entidad durante el siglo xx y los juegos entre la concentración urbana y la dispersión rural.

El tránsito entre la atracción y el rechazo migratorio

El estado de Veracruz se mantuvo a lo largo del siglo xx como una de las entidades más pobladas del país. Desde 1970 ocupa el tercer lugar nacional por el número de sus habitantes y anteriormente llegó a ubicarse en primero y segundo término, en 1930 y 1950 respectivamente. Así, en los diferentes momentos del siglo pasado logró mantener una posición importante ya que captó y sostuvo un crecimiento demográfico fuerte, conteniendo alrededor del 8% de la población nacional (Palma *et al.*, 2000).

Cuadro 1. Peso y evolución demográfica de Veracruz, 1910 a 2005.

Estado de Veracruz	Intervalos de 20 años					Últimos tres lustros		
	1910	1930	1950	1970	1990	1995	2000	2005
población total	1 132 859	1 377 293	2 040 231	3 815 422	6 228 239	6 737 324	6 908 975	7 080 731
porcentaje del país	7.5	8.3	7.9	7.9	7.6	7.4	7.1	6.9
Sex-ratio	100.9	99.0	98.5	101.5	97.7	97.4	94.4	92.6
Densidad general	15.6	18.9	28.0	52.4	85.5	92.5	94.8	97.2
Tasa de crecimiento		0.98 %	1.98 %	3.18 %	2.48 %	1.58 %	0.51 %	0.49 %

Fuentes: Censos Generales de Población; Conteos 1995 y 2005 (datos preliminares) para el estado de Veracruz.

La primera parte del cuadro anterior ofrece un resumen de tal dinamismo, destacando la velocidad del crecimiento a partir de mediados del siglo. Y al observar las tasas de crecimiento más detalladamente, por décadas, resulta que el ritmo aumenta de modo constante a partir de los años cuarenta (2.3% anual) que es cuando inicia a nivel nacional el proceso de urbanización; se acelera en los cincuenta (2.9%) con la industrialización y alcanza los valores mayores en los setenta y ochenta (3.4 y 3.5% anual respectivamente) al continuar los procesos anteriores y sumando de modo muy apegado el auge petrolero. Ante esos ritmos la población veracruzana prácticamente se duplicó entre 1970 y 1990. Para sostener tal variación al alza su crecimiento social, la inmigración tuvo que ser muy importante. Un marcador como el índice de masculinidad (sex-ratio) nos muestra que para el año de 1970 el número de hombres frente al de mujeres era mayor, lo cual, considerando el volumen poblacional de toda la entidad, revela una atracción de la fuerza de

trabajo muy alta, y más aún si tomamos en cuenta que durante todo este tiempo la entidad y el país prácticamente completaron su transición demográfica, es decir que paulatinamente se redujeron los nacimientos y la mortalidad, mientras que la esperanza de vida ganó años.

Sin embargo, este crecimiento se detuvo al fin del siglo. Durante los últimos tres lustros las tasas anualizadas quedaron por debajo del nivel de renovación, el sex-ratio reporta los valores más bajos de todo el periodo y la participación veracruzana en la población nacional disminuye, aunque la entidad se mantiene como la tercera más poblada del país. La siguiente gráfica ofrece una imagen sucinta de las variaciones demográficas y recuerda algunos de los eventos más significativos que ocurrieron en la pasada centuria. En ella también se nota que la población absoluta, dibujando una curva casi exponencial hasta 1980, se inflexiona después hasta el año 2000. Este movimiento se acusa al referirlo en términos relativos, donde la línea equivalente a las tasas de crecimiento anual apenas supera un punto porcentual en la última década. Si esta línea la continuáramos al 2005 con los datos preliminares que reporta el censo de ese año e indicados en el cuadro anterior, veríamos que la caída en el ritmo demográfico veracruzano alcanzó el valor más bajo de los últimos cien años.

Este cambio a la baja, que inicia con fuerza en los primeros años de los noventa, tiene que ver con una combinación de factores de orden económico y político, más que ambientales. Por un lado, las subvenciones estatales que acompañaban particularmente a la producción rural se estrechan y modifican, lo que se tradujo en ajustes que llevaron a los cultivos básicos y comerciales más importantes a largas y profundas crisis de precios que aceleraron el abandono de los campos y la pluriactividad de la fuerza de trabajo agrícola, que es todavía muy numerosa, de hecho, la más grande del país en términos absolutos (746 mil efectivos, 32% de la PEA total estatal en el 2000). Por otro lado, los mercados laborales industriales, generalmente situados en las ciudades, tienden a contraerse o, de plano, se agotan, como ocurrió con el sector petrolero en el sur de Veracruz (Agua Dulce y Las Choapas como los casos más evidentes). El producto interno bruto veracruzano, después de un periodo de crecimiento sostenido, tuvo un acusado retroceso: de 5.8% en 1980 a 4.0% en el 2000. Si bien estos fenómenos se deben contextualizar por la crisis generalizada que vivió el país en los ochenta (deuda externa, inflación, devaluaciones sucesivas y caída de los precios del petróleo) en Veracruz se agudiza, particularmente en los años de 1990, por otros dos sucesos importantes: el desplazamiento de la actividad petrolera hacia la sonda de Campeche, lo que significó el agotamiento de los sectores de la construcción e industria especializada que animaba la economía del sureste; y la pérdida de competitividad de sus puertos marítimos, posición histórica que se desvanece ante las crecientes ciudades fronterizas norteadas

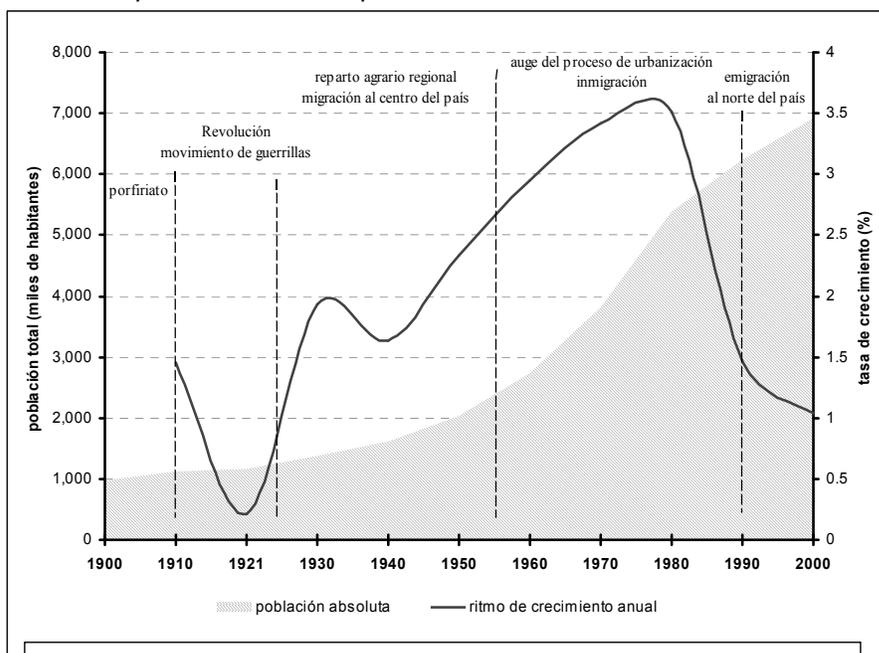


Gráfico 2. El crecimiento demográfico absoluto y relativo veracruzano, 1900 a 2000.

que atrajeron todos los intercambios con los Estados Unidos, además de las maquiladoras de exportación. Así la fachada del Golfo pierde parte de su dinamismo en la gestión de las importaciones y exportaciones nacionales ante el auge de los flujos terrestres orientados hacia los puertos interiores del norte, y más a raíz del TLC.

La contracción de la economía veracruzana y el auge de la zona fronteriza del país coinciden en el tiempo y terminan por explicar la más reciente innovación social vivida en la entidad: la masificación de las migraciones a larga distancia. Hecho sin precedente local, la reorientación de los movimientos demográficos es perceptible desde 1995 y se acelera en los 10 años siguientes, tal y como lo muestran las primeras informaciones censales de 2005. Estos cambios reflejan:

- a) Los comportamientos demográficos naturales, donde en el contexto de una transición demográfica prácticamente completada es únicamente la natalidad la que prolonga el crecimiento observado entre 1990 y 1995;
- b) El fin de la atracción ejercida durante varios decenios por los mercados laborales veracruzanos y, junto con ello, la amplitud de las migraciones que pasan de ser movimientos de reacomodo regional, internos, a otros de larga distancia y duración, externos; flujos que buscan destinos laborales tan lejanos como la frontera norte del país o los Estados Unidos.

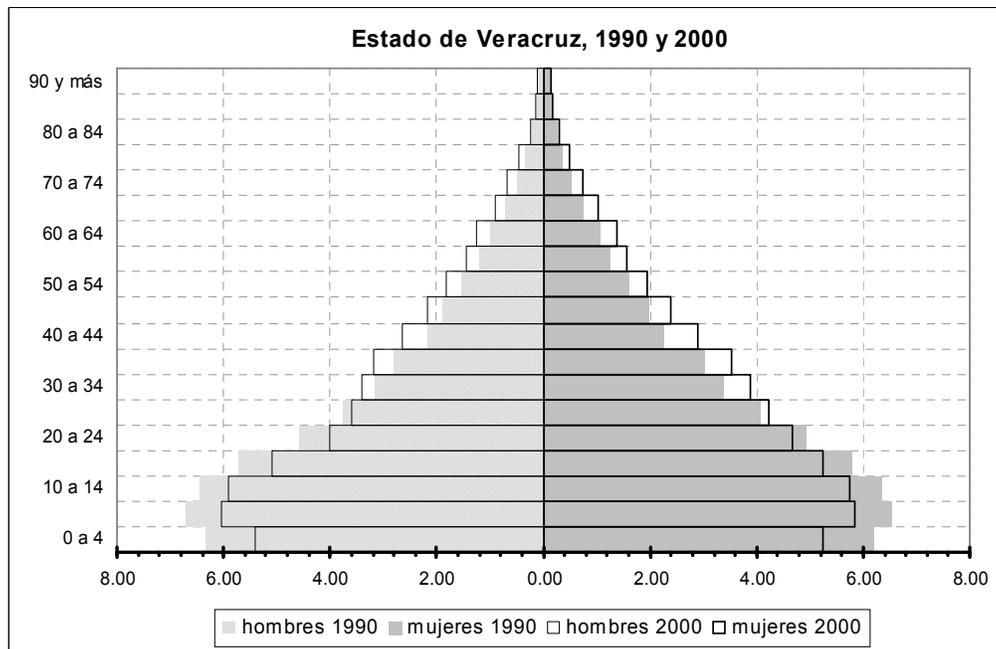
Cuadro 2. Indicadores demográficos para Veracruz, 1990 a 2000.

indicador	1990	1995	2000
Tasa bruta de natalidad (por mil habitantes)	27.48	24.02	19.81
Tasa bruta de mortalidad (por mil habitantes)	5.83	5.40	5.08
Tasa de crecimiento natural (por cien habitantes)	2.17	1.86	1.47
Migración neta interestatal e internacional	-41,045	-57,583	-71,992
Tasa de crecimiento social (por cien habitantes)	-0.63	-0.83	-1.00
Esperanza de vida general	70.04	71.59	73.09

Fuente: Indicadores de la República Mexicana y por entidad federativa; México en cifras. CONAPO, 2005.

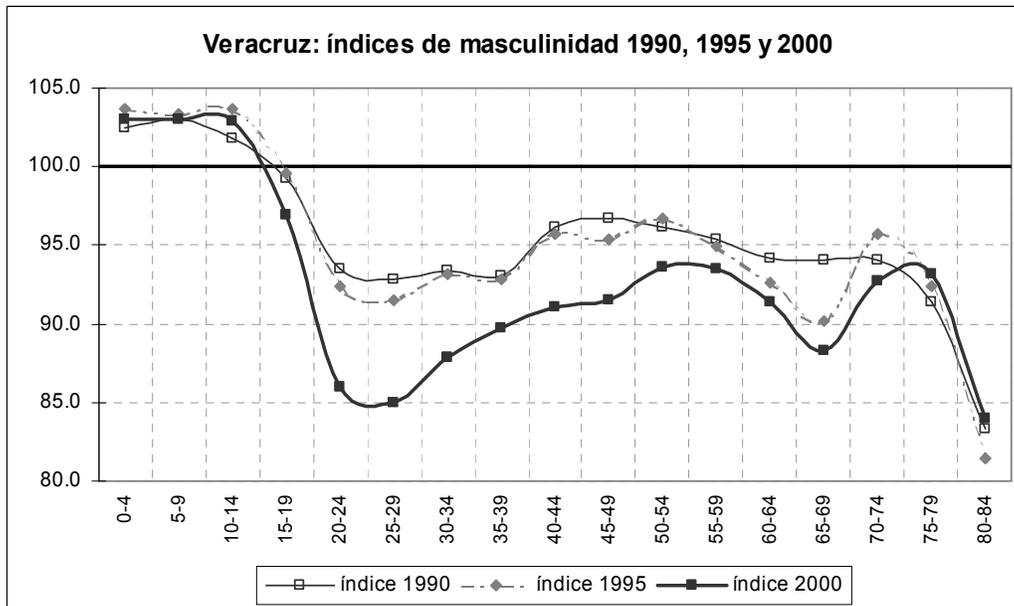
Estas modernas migraciones son un hecho sin precedente en Veracruz y vienen a acelerar mutaciones sociales a varios niveles (de la familia, la localidad, la comunidad campesina) y cuyas consecuencias son objeto de estudios específicos (Del Rey 2004; Léonard, Del Rey y Quesnel 2004; Quesnel 2002). Por lo pronto aquí interesa mostrar su intensidad –ya visible a través de las tasas de crecimiento– y su selectividad, pues concierne particularmente a los jóvenes y adultos-jóvenes varones que ingresan a la fuerza de trabajo fuera de la entidad.

Gráfico 3. Estructura de la población por rangos quinquenales de edad.



La pirámide de edades que compara la situación demográfica de 1990 con la del año 2000 sintetiza de otra manera los cambios en curso originados por el fin de la transición demográfica. Resalta efectivamente la reducción en las participaciones de los infantes y el aumento de la población de ambos géneros en las edades avanzadas. Poco a poco la pirámide abandonará su forma clásica para acercarse a otra más romboidal ya que los grupos de edad intermedios – adolescentes y jóvenes– ascenderán con el tiempo a la zona central del gráfico, es decir, engrosarán a los grupos que corresponden a la población adulta, tal y como ya se empieza a observar a partir de las diferencias decenales en edades de 30 años y más. Una de las consecuencias en años por venir de tales modificaciones será una mayor presión demográfica sobre el empleo. Sin embargo, esos mismos jóvenes que jugarán en las estructuras futuras, y más los varones que las mujeres, reducen en este periodo sus porcentajes de modo notable entre los 15 y 24 años, a consecuencia de la emigración laboral.

El papel que juegan los flujos migratorios se refleja mejor en los índices de masculinidad recientes. Para el conjunto de la entidad las curvas en el gráfico siguiente reflejan bien que, hacia 1990, el equilibrio entre hombres y mujeres en edades cercanas a los 50 años y más todavía son resultado de los procesos de atracción migratoria que inicia con fuerza en la década de 1940 y se prolongan hasta los ochenta, donde coincide con el auge de las industrias y el aumento de la demanda de mano de obra masculina. Pero ya hacia la segunda mitad de la última década, el intenso flujo migratorio de veracruzanos hacia la frontera y los Estados Unidos empieza a ser notorio, ocurriendo la caída en la curva de masculinidad en las edades jóvenes de los activos (20 y 30 años), caída que se acusa completamente en la curva que dibujan los datos censales del 2000.



Este breve resumen de los cambios ocurridos en la evolución demográfica reciente de Veracruz nos conduce a interrogarnos sobre sus orientaciones futuras y la reorganización de los territorios: ¿se trata de un éxodo generalizado, marcado por la potencia de los flujos migratorios y el anuncio de desequilibrios mayores en términos de actividades y empleos?; o bien, ¿tenemos aquí, en medio de los actuales arreglos, un nuevo orden caracterizado por un funcionamiento disperso, en “archipiélago”, pluriactivo y dependiente de las remesas de los emigrantes, a escala misma de las familias veracruzanas?

Sobre las causas de las migraciones laborales

Veracruz representó durante un largo periodo una entidad donde las posibilidades de incorporación laboral fueron muy amplias. De ahí que durante varias décadas haya sido un espacio de atracción de miles de inmigrantes. La reforma agraria, la industrialización, la urbanización, la creación de grandes infraestructuras, suscitaron tasas de crecimiento demográfico superiores a la media nacional. De esta forma, en pocos lustros se duplicó su población.

La dinámica del crecimiento económico y de la estructura ocupacional que ello suscitó, dio pie a la conformación de una peculiar estratificación social. En la actualidad, más del 50% de la población veracruzana se halla todavía habitando en localidades rurales y su población urbana se encuentra distribuida en 50 ciudades pequeñas y medias (con más de 15,000 habitantes). Esta singular forma de urbanización (tardía y no concentrada), que permite entreverar los mercados de trabajo rurales con los urbanos, se explica por la naturaleza misma de los procesos de industrialización y desarrollo agropecuario que pudieron prosperar en el Golfo de México durante la fase en que prevaleció la estrategia económica de sustitución de importaciones. Cabe afirmar que sin la intervención del Estado el patrón de desarrollo urbano e industrial de Veracruz resultaría incomprensible. Por ello, cuando esta intervención comienza a ser cuestionada en la década de los ochenta y liberalizada en los noventa, las ciudades y las áreas rurales experimentaron severos ajustes en términos de acceso al trabajo:

- a) Mientras que en los años treinta y cuarenta el trabajo manual asalariado no tenía significación en la estructura laboral y las clases medias eran reducidas, en los años cincuenta, con la industrialización, las tasas de autoempleo disminuyeron y el trabajo asalariado pudo incrementarse. Poco a poco, al crecer las plantas industriales, los servicios y las actividades comerciales que requerían las nuevas empresas dieron pie a que se constituyera una nueva capa media de trabajadores no manuales.
- b) El proceso de modernización contribuyó a abatir primero las tasas de mortalidad y, más tarde, a que se redujeran las tasas de fecundidad. Las altas tasas de crecimiento demográfico que ello originó hicieron que Veracruz se convirtiera en una de las entidades más pobladas del país.
- c) La estratificación social urbana que emergió a finales de los años setenta se caracterizó por la presencia de un significativo estrato medio, compuesto, sobre todo, por trabajadores no manuales cuyo crecimiento constituía la evidencia de procesos de movilidad ascendente para miles de individuos cuyos padres habían sido trabajadores manuales en el campo y en la ciudad. Sin embargo, este patrón de movilidad social, que dominó en esos años y que permitió mejores condiciones de vida, empezó a variar a mediados de los años ochenta, cuando el empleo industrial empieza a registrar una contracción y poco a poco resurgió el autoempleo, el trabajo artesanal y, sobre todo, el sector terciario de la economía, principalmente los servicios, como principal motor en el producto interno bruto veracruzano de la actualidad. Es en este contexto donde cobra fuerza la emigración laboral a larga distancia y, en buena parte por su carácter de ilegalidad, también de larga duración.

El juego económico de la dispersión rural ante la concentración urbana

Las migraciones de los jóvenes veracruzanos surgen tanto de los medios rurales como de los urbanos. Con los pocos datos disponibles es difícil saber qué medio aporta más. La contabilidad que nos ofrece el cuadro anterior, donde se reportan alrededor de 71,000 emigrantes detectados fuera de la entidad o en el extranjero para el año 2000 queda muy lejos de otros cálculos, donde la cifra rebasa el medio millar al incluir familias completas que poco a poco se enganchan en estos flujos. Y cada vez más el temor a declarar a sus miembros en migración por posibles represalias en los destinos, reales o ficticias, hace que muchos jefes de familia oculten su salida y lugar de residencia. Pero de modo más cualitativo, también tomando como referencia la documentación de

otras partes del país con larga experiencia migratoria transfronteriza, se evalúan tres posibles consecuencias locales de los movimientos de retorno: que los flujos de las remesas migratorias se destinen mayoritariamente a la satisfacción de necesidades básicas en el medio rural, particularmente la construcción de viviendas, mientras que los migrantes urbanos las coloquen en pequeños comercios o servicios próximos a sus lugares de origen; que los jóvenes que salieron del campo retornen para instalarse en la ciudad; finalmente que las localidades rurales con mayor expulsión se encaminen a un crecimiento más terciario y menos agrícola. Todas estas posibles evoluciones apuntan hacia un reforzamiento del crecimiento de las ciudades y a la urbanización de ciertos poblados rurales no por la población que contendrán, sino por los servicios y equipamientos que demandarán.

Junto con el impacto de las migraciones, los cambios en el peso demográfico y la distribución de los asentamientos presentan orientaciones cada vez más novedosas, aunque las cifras como las del cuadro siguiente indiquen todavía fuertes contrastes entre la dispersión y la concentración poblacional. Hoy día es evidente que los caminos, como antes los ríos veracruzanos, son los elementos que mejor atraen los asentamientos rurales, y en esta aproximación a las rutas terrestres se facilita tanto la emigración a larga distancia como el acceso a los pequeños servicios objeto de inversiones de ahorros y remesas, a las ciudades o, en una palabra, a la pluriactividad rural. Estas alineaciones de puntos que se dibujan sobre los mapas, conforme los caminos se aproximan a las ciudades, van creando constelaciones más densas e importantes de pequeños y medianos poblados que, por su talla, no dejan de clasificarse como rurales, aunque en realidad su economía dependa completamente de las actividades urbanas. Salvo en aquellos lugares donde las agriculturas logran mantenerse –que no son la gran excepción– y ofrezcan un jornal más o menos continuo, o el control sobre la tierra sea vital (incluyendo solares y parcelas en ejidos), los nuevos asentamientos, sobre todo aquellos con menos de 100 habitantes, se han ido constituyendo en torno a las retículas viales. Este patrón alimenta la dispersión demográfica, pero se trata de un arreglo muy dependiente de la circulación –vivir de las carreteras– y de las economías urbanas. Siguiendo este modelo, todavía en construcción y no totalmente consolidado, podemos decir que para entender los modernos tejidos rurales hay que analizar las estructuras urbanas.

Cuadro 3. Distribución de la población por tamaño de localidad (1970-2000).

Año	Menos de 2 499 hab.		2 500 a 14 999		15 000 a 99 999		100 000 y más hab.	
	%	población	%	población	%	población	%	población
2000	40.9	2,829,007	17.4	1,199,121	17.9	1,233,332	23.8	1,647,515
1990	43.8	2,726,513	17.1	1,063,055	15.8	982,872	23.4	1,455,799
1970	52.9	2,017,637	19.7	752,983	15.4	587,891	12.0	456,911

Al examinar la evolución demográfica reciente que ha vivido cada lugar “central”, podemos reconocer cuatro problemáticas que se encuentran imbricadas entre sí: a) la dinámica demográfica desigual de los conjuntos urbanos, b) los espacios rurales que continúan al margen de la interacción con los lugares centrales, c) la importancia de las pequeñas ciudades y los centros externos a la entidad, d) la fuerza de los nexos con el altiplano, muchas veces mayores que aquellos que ligan a los lugares centrales al interior de Veracruz.

Una dinámica interna desigual. Si bien todos los centros llegan al fin de siglo superando el umbral de los 25,000 habitantes, talla que les permite asegurar el crecimiento mínimo de sus economías de aglomeración, se observa que el ritmo demográfico reciente (entre 1990 y 2000) es generalmente débil e incluso negativo en muchos de ellos. Primero llama la atención el caso de las ciudades cuya base económica es la industria petrolera. El corredor que abarca Minatitlán, Coatzacoalcos, Nanchital, Jáltipan, Agua Dulce y Las Choapas presenta una pérdida de población en el periodo, todavía más acusada en el quinquenio 1995-2000 donde sólo Coatzacoalcos y Nanchital apenas se aproximan al 0.5% en su crecimiento anual. En términos absolutos significa que todo este ensamble ganó 26,000 habitantes, la quinta parte del aumento del área metropolitana del puerto de Veracruz. Lo mismo ocurre con Poza Rica-Coatzintla, cuya zona conurbada apenas logra el 0.3% por año. El otro corredor urbano e industrial importante en la

entidad, que toca a las ciudades de Córdoba, Orizaba, Río Blanco, Nogales y Cd. Mendoza tampoco logra mantener la dinámica demográfica que lo caracterizó en décadas anteriores.

Por su parte, la porción central y puntos en sus traslapes con el norte y sur de la entidad registra un crecimiento demográfico poco más significativo. Destaca Xalapa, la capital estatal con un crecimiento del 2.9% anual, uno de los más fuertes, que se acompaña por Perote y Coatepec (2.1% en sendos lugares), que continúan como dos pequeñas ciudades imbricadas en dinámicas micro-regionales. Lo mismo ocurre en Martínez de la Torre, ciudad que presenta la tasa demográfica más elevada de todo este conjunto de lugares. Los otros centros igualmente aislados que se dispersan en el territorio presentan ritmos demográficos propios, discordantes entre sí: por un lado Veracruz o Huatusco están por arriba del 2% anual, pero otros como Cosamaloapan o Tlapacoyan no logran retener su población.

Las regiones al margen de los lugares centrales. Hacia el fin de siglo los espacios serranos continúan bajo la condición de aislamiento que tradicionalmente los ha caracterizado. Se trata de territorios como Huayacocotla, Coyutla, Zongolica y Santa Marta. En todas ellas el componente étnico es relevante y por tanto cabe considerarlas todavía bajo la condición de regiones de refugio. Los otros espacios marginales tocan al antiguo frente de colonización agrícola que se integra a Acayucan y el extremo sureste de Cosamaloapan, ambos con crecientes densidades de población. Por el contrario, el corazón del territorio más septentrional, Pánuco, suma a su bajo peso demográfico la falta de un esquema claro de integración a la economía veracruzana, lo cual hace que gravite más sobre Tampico, al igual que su vecina ciudad de Tantoyuca.

La importancia de los centros externos y las nuevas ciudades. Entender el desempeño regional veracruzano es complicado si no se toma en cuenta el peso de dos lugares externos a la entidad. Es el caso del área metropolitana de Tampico-Cd. Madero, al norte; o de Tuxtepec respecto a la cuenca del Papaloapan. Por otro lado, no hay que olvidar que, al interior, el crecimiento demográfico tiende a favorecer a ciertas cabeceras municipales y villas rurales en tanto nuevos o más dinámicos focos de atracción. Como ejemplo mencionamos aquí a Villa Isla, con un rol estrechamente ligado al sistema agropecuario piña-ganado. Otro caso sería San Rafael, cabecera de uno de los dos municipios de reciente creación, cuya economía se basa en la producción ganadera y frutícola.

La fuerza de los nexos con el altiplano nacional. En general, las tres grandes porciones de Veracruz, por su evolución histórica, se encuentran económicamente más vinculadas con el centro del país que entre sí. La porción norte de la entidad presenta una integración mayor con Tampico y probablemente, con la nueva autopista entre Tuxpan y la Ciudad de México, su cuadro excéntrico se acentúe aún más. Un esquema similar ocurre en el sur, donde se vivió el impacto del desarrollo de la petroquímica, los programas de colonización dirigida desde el centro y los proyectos hidroeléctricos. Hoy día las comunicaciones de todo tipo privilegian su nexo con la capital nacional, al punto que todavía esta área geográfica depende del diseño de programas federales como el Plan Puebla Panamá. Finalmente, el centro de la entidad tiene una configuración histórica todavía más acentuada por la estructura económica que amarra los flujos comerciales entre el puerto de Veracruz, las ciudades del pie de monte central y la capital del país.

Las variaciones socioeconómicas ante los escenarios climáticos

Como se mencionó al principio de esta contribución, la puesta en perspectiva de algunas de las evoluciones demográficas y territoriales tiene, sobre todo, la pretensión de contextualizar el impacto de los sucesos meteorológicos recientemente vividos en Veracruz. Y, efectivamente, los factores socioeconómicos que se trataron de esbozar tuvieron y tienen tal dinamismo en la presente transición de siglos que logran esconder los posibles movimientos migratorios producto de los meteoros más recientes de aquellos cuyos orígenes obedecen básicamente a causas laborales. Tales perspectivas no intentan minimizar a los escenarios futuros que tienen que ver con el incremento de los accidentes extremos del clima, por el contrario, tratan de aportar el mayor

número de elementos que ayuden a desbrozar la complejidad de los retos futuros que se tendrán que asumir ante el panorama de una economía que aparentemente agotó los motores que le impulsaron durante los últimos 60 años y donde ahora las emigraciones, como una fuerte iniciativa social totalmente nueva para Veracruz, trata de compensar. ¿Hasta dónde será eso posible?

Referencias bibliográficas

- Bryden, H. *et al.*, (2005). "Slowing of the Atlantic meridional overturning circulation at 25°N". *Nature* 438. 655-657 pp.
- Del Rey Poveda, L. A. (2004). *Movilidad y longevidad en las dinámicas familiares multigeneracionales. Aplicación al medio rural del Sotavento Veracruzano, México*. Tesis doctoral en demografía. Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Barcelona, Centro de Estudios Demográficos. 750 p.
- Gerhard, P. (1986). *Geografía Histórica de la Nueva España*. UNAM. México, D.F. 320 p.
- Hoffmann, O. y Velázquez, E. (1994). *Las llanuras costeras de Veracruz, la lenta construcción de regiones*. ORSTOM-Universidad Veracruzana. Xalapa, Ver. México. 337 p.
- Jáuregui, E., Zitácuaro, I. (1995). "El impacto de los ciclones tropicales del Golfo de México en el Estado de Veracruz". *La Ciencia y el Hombre*, 21. Xalapa, Ver. pp 75-119.
- Léonard, E., Quesnel, A. y Del Rey, A. (2004). "De la comunidad territorial al archipiélago familiar: Movilidad, contractualización de las relaciones inter-generacionales y desarrollo local en el sur del estado de Veracruz". *Estudios Sociológicos* (en prensa).
- Luna Bauza, C. (1994). *Crónica de los huracanes en el estado de Veracruz*. Col. Testimonios 6; Ed. Gob. del Edo. de Veracruz. 132 p.
- Marchal, J-Y. (1998). "Sur de Tamaulipas y norte de Veracruz: una cadena de desigualdades regionales", en *Dinámicas de la conformación regional; arraigo y cambio en cinco regiones de la planicie costera del Golfo de México*; Alvarado *et al.*, (coord.); CNRS-Colegio de México-ORSTOM. México, D.F. pp. 15-50.
- NOAA. (2005). "Historical North Atlantic Tropical Cyclone Tracks, 1851-2004". National Oceanic and Atmospheric Administration, Tropical Prediction Center/National Hurricane Center-Administration Coastal Services Center; Charleston, SC. [www.csc.noaa.gov/hurricane_tracks].
- NOAA. (2006). "Noteworthy records of the 2005 Atlantic hurricane season". *NOAA Magazine* Nov. 29 (actualización de marzo 16, 2006). [www.noaanews.noaa.gov/stories2005/s2540.htm].
- Palma, R., Quesnel, A. y Delaunay, D. (2000). "Una nueva dinámica del poblamiento rural en México: el caso del sur de Veracruz (1970-1995)", en *El Sotavento veracruzano. Procesos sociales y dinámicas territoriales*; Eric Léonard y Emilia Velázquez (coord). Col. Antropológicas CIESAS-IRD. México, D.F. 83-108 pp.
- Quesnel, A. (2002). *La construction d'une économie familiale d'archipel. Mobilité et recomposition des relations inter-générationnelles en milieu rural mexicain*. XXIV Congrès Général de la Population, Salvador, Brasil. 20 p.
- Rodríguez, H. (2005). "De la colonización al éxodo en el trópico húmedo mexicano" Coloquio: *Frontières, territoires et pouvoirs*. A Jean Revel-Mouroz. 20 y 21 de junio. París (en prensa).

Tallet, B. (2005). "Cambios en los sistemas agropecuarios", en *Historias de Hombres y Tierras en el Sotavento Veracruzano*; CD Vol 2. IRD-CIESAS. México.